



Francisco de Rojas

# **Morir pensando matar**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco de Rojas

# Morir pensando matar

## Comedia famosa

[Nota preliminar: Edición digital a partir de la Parte treinta y tres de doce comedias famosas de varios autores..., por Claudio Mace, al Colegio del Señor Patriarcha, (Valencia, 1642, h. 25-43) y cotejada con la edición crítica de Raymond R. MacCurdy (Madrid, Espasa Calpe, 1976, 2ª ed., pp. 5-126). Asumimos las interpolaciones y emendaciones que aparecen entre corchetes en esta última edición.]

### PERSONAJES

FLABIO, duque de Lorena.  
ALBOINO, rey.  
ROSIMUNDA, reina.  
ALBISINDA, infanta.  
UN SENESCAL.  
FINEA, criada.  
LEONCIO, duque de Verona.  
POLO, gracioso.  
OTÓN.  
SOLDADOS.  
UN PORTERO VIEJO.  
[MÚSICOS.]  
[ACOMPAÑAMIENTO.]

### Jornada I

Suena un clarín y entre FLABIO, duque de Lorena, a lo soldado, con bengala, botas y espuelas, y POLO, lacayo.

POLO Parece que adivinó  
tu intento el rey Alboino,

pues el alma le privó  
lo mismo que deseó.  
Quisístete adelantar  
a ver la infanta, y su hermano,  
ganándonos por la mano,  
postas nos mandó tomar;  
porque tu dicha se arguya,  
en advertirte y mandarte,  
que vinieses de su parte,  
cuando vienes de la tuya  
a ser deste tronco yedra  
Pues al fin la has de abrazar;  
que esto se dice matar  
dos pájaros una piedra.

FLABIO Confieso que venturoso  
en esta embajada he sido,  
pues al fin he conseguido  
lo mismo que, deseoso,  
del amor solicité,  
que solo el amor pudiera  
negociar: que yo pusiera  
en este palacio el pie;  
pues es doblarme la pena  
ver que junte a su corona  
el estado de Verona  
el rey, con el de Lorena,  
que fue mi estado, del modo  
que también éstos lo fueron  
de Leoncio, y se perdieron.  
Mas no lo perdimos todo;  
pues, aunque sin nuestras tierras  
títulos y honras gozamos  
de duques.

POLO                    En eso estamos;  
como eso alteran las guerras.

FLABIO ¿Posible es que llevo a veros,  
bello sol de Lombardía?  
¿Que vuelvo, Albisinda mía,  
a arder en vuestros luceros?  
¿Que llegará, en tiernos lazos  
y en suave y dulce unión,  
a sentir el corazón  
el regalo de los brazos?  
¿Que después de tanta ausencia  
y de guerra tan penosa,  
he de ver la nieve y rosa  
de tu rostro?

POLO Ten prudencia,  
señor, y prudencia mucha.  
Templa la voz importuna,  
que no sabemos si alguna  
dueña infernal nos escucha,  
destas que con rostro enjuto,  
entre el monjil y la saya,  
son beatas de anafaya,  
correvediles de luto,  
mensajeras de burato,  
terceras de caniquí,  
reverendas celesti-.  
El «nas» diré de aquí a un rato;  
porque ya la infanta, que  
la cadencia interrumpió,  
de su retrete salió.

(Sale la infanta ALBISINDA.)

FLABIO Que vuestra alteza me dé  
la mano a besar hermosa,  
pido a sus pies más rendido  
que cuando partí, ofendido  
de la ausencia rigurosa,  
como esclavo y como amante.  
Este reconocimiento  
acredite el rendimiento  
y asegure lo constante.

ALBISINDA Vos seáis tan bien venido  
como os dirá mi deseo,  
que aunque cumplido lo veo,  
me parece aún no cumplido;  
pues fueron las ansias más  
tan a par de tanto daños  
que los días eran años,  
cuando los instantes días.  
Acrediten, pues, mis brazos  
el amor con que os recibo.

FLABIO Ya puedo decir que vivo.

POLO Bendiga el cielo los lazos  
sin que envidia venenosa  
con su malicia os persiga  
cada mérito sea higa  
de la fortuna envidiosa.  
Plegue amor que no os enoje  
de celos la tiranía,  
ni de basilisco tía,

el hito en hito os aoje;  
y en tanto, dadme, señora,  
la brújula del chapín  
a besar, que en serafín  
habéis de pintar, o aurora.  
ALBISINDA Seas, Polo, bienvenido.

POLO Déjame -pues Polo soy  
de aqueste cielo en que estoy-  
ser Atlante comedido.

Verás, si no lo rehúsas,  
juntas en aqueste Polo,  
las garambainas de Apolo  
y el buen humor de las musas.

ALBISINDA ¿Cómo en la guerra te ha ido?

POLO Bien con salud, a Dios gracias;  
pues nos sobraron desgracias  
y no nos faltaba olvido.

ALBISINDA ¿Cómo viene el rey mi hermano,  
duque? Contadme el suceso.

¿Trae a su enemigo preso?

¿Muere o vive aquel tirano?

Decidme cómo pasó;  
que después en el jardín  
nos veremos.

FLABIO                      Todo en fin

se resume en que venció;  
mas si con más claridad  
gustáis de saberlo todo,  
nos sucedió deste modo;  
bella Albisinda, escuchad:  
Yace en lo mejor del norte  
la celebrada Panonia,  
coyunda feroz de Italia,  
sangriento yugo de Europa;  
divídese en alta y baja,  
si bien confina una y otra  
con los cristales del Istro,  
que tan fértiles la mojan.  
Es el Istro undoso río,  
en cuyas serenas ondas,  
cisnes de plata viviente  
albergues de cristal moran,  
siendo huéspedes del agua,  
en vez de cerúleas ovas,  
peces de nieve que dulces  
escamas de pluma adornan.  
No lejos yace, no lejos,

una campaña espaciosa,  
verde tálamo del sol,  
rojo abrigo del aurora,  
cuyos espacios a trechos  
tan varias las flores bordan  
que hacen tapete del día,  
o hacen de la luz alfombra.  
Aquí nuestros estandartes,  
al son de marciales trompas,  
llegaron una mañana  
cuando las pestañas rojas,  
ese párpado del día  
que luz a la tierra informa,  
comenzaba a abrir, naciendo  
a compás suyo las rosas.  
Fue ver tremolar el aire,  
los pendones y las borlas,  
entre el pífano y la caja,  
ya funesta y ya sonora;  
espectáculo apacible,  
haciendo armonía medrosa  
el tafetán en el viento,  
y en el eco la piel ronca.  
El sol reciente brillaba  
en los arneses, y todas  
las llamas que despedían  
eran centellas que abortan;  
pues resurtiendo hacia arriba,  
de tanta esfera ambiciosa,  
iban quemando las plumas  
y abrasando las garzotas.  
Aquí el heroico Alboino,  
que un tiempo -azote de Roma  
sobre el Capitolio puso  
sus insignias victoriosas,  
con doscientos mil lombardos,  
que cada cual, firme roca,  
que cada cual, monte altivo,  
contra los soplos de Bóreas,  
contra el zafir de los cielos,  
se sospecha o se blasona,  
mandó hacer alto, obedientes  
a su voz real las trompas.  
Aquí descansó ocho días  
en la margen deliciosa,  
que fue de la primavera,  
ya original o ya copia.

El noveno Floribundo,  
rey de la gépida y goda  
nación, por la cumbre altiva  
del Tauro eminente asoma.  
Traía el bárbaro rey  
cuantas naciones convoca  
el bando setentrional,  
aunque en escuadras bisoñas.  
Con tan grande confianza  
venía de la vitoria,  
que, más que de lid sangrienta,  
era su adorno de bodas.  
En un trono de marfil,  
que de plata una carroza,  
si grave por la materia,  
estimada por la forma,  
traía, venía sentado,  
acompañado de sola  
Rosimunda, hija heredera  
de su brío y su corona.  
Sagaz caudillo Alboino,  
con estratagema heroica,  
sin permitirle un instante  
de aliento, manda que rompa  
el escuadrón que Leoncio,  
noble duque de Verona,  
guiaba. Habiendo a su gente  
animado con heroicas  
razones que dijo, apenas,  
cuando la baqueta arroja,  
que es la señal de embestir  
-menos vista, aunque más propia-;  
cuando saliendo del río  
un cisne, que en voz sonora,  
si no fue alada vigüela,  
fue allí nevada tiorba;  
pues en lo cándido y dulce,  
en pluma y pico, mejora  
al rruiseñor lo suave,  
y lo cándido a la rosa.  
Esta, pues, nieve de pluma,  
esta azucena canora,  
da muchas confusas voces  
-dulcísima Babilonia-;  
a vista de los dos campos,  
en éxtasis grave absorta,  
celebrando sus exequias,

naturales ceremonias,  
un cadáver de alabastro,  
una cristalina roca,  
cuando midiendo la vida  
al destino que la corta.  
Este inopinado agujero,  
esta cifra misteriosa,  
de asombro fue a la una hueste,  
y de terror a la otra.  
Juntáronse pues, formando  
la campaña, en breves horas,  
de la púrpura caliente,  
sangrienta laguna y ondas.  
No hubo flor en todo el campo  
del alhelí a la viola,  
que reteñida en la sangre,  
no quedase entonces roja.  
Neutral se vio la fortuna  
y dudosa la vitoria,  
queriendo a tanto enemigo  
hacer a un tiempo lisonja.  
Yo -que de amor y de ausencia,  
que me halaga y me congoja,  
era centro, compitiendo  
mi deseo y tu memoria-  
desesperado en el riesgo,  
viendo que el vivir me importa  
para volver a tus ojos,  
que es una muerte con gloria,  
al cabo de Floribundo  
acometo, donde toda  
la fuerza del campo junta  
se vio acudir animosa.  
Mas yo, cual suele, cercada  
de duros canes, leona,  
a quien su voz importuna,  
aún más enfada que enoja,  
salté en el carro gritando  
a grandes voces, «¡Vitoria!  
Vitoria por Lombardía!»  
Y aún no pronunció la boca  
estos últimos acentos,  
cuando esta cuchilla corta  
del bárbaro Floribundo  
la cabeza; y con briososa  
determinación la llevo  
a mi rey, para que ponga

en ella su invicta planta,  
y en una triunfe de todas;  
y también para que haga  
-aun antes que se corrompa-  
del casco, en oro engastado  
y en diamantes, una copa;  
pues sabes que en tu nación  
ya es antigua ceremonia,  
admitida en los banquetes  
de más concurso y más pompa  
Desmayaron los contrarios,  
pero tanto los acosan  
los nuestros, que para huir  
el camino les estorban.  
A la bella Rosimunda  
llevó presa el de Verona,  
en cuyos ojos, bebiendo  
el rey ardiente ponzona,  
después de alzado el despojo  
y de cobrar de Panonia  
las fuerzas, enamorado,  
la recibió por esposa.  
Y volviendo a Lombardía  
con más triunfo y con más pompa  
que en sus Alejandros Grecia  
vio, y en sus Césares Roma,  
a pedirte las albricias,  
que ya en tu vista las cobra  
Flabio, duque de Lorena,  
se adelantó por la posta;  
el que por tus bellos ojos,  
el que por tu mano hermosa,  
rendir la vida al cuchillo,  
juzgara la fineza corta;  
el que más amante vuelve,  
cuando vitorioso torna  
a mirar en tu belleza  
una fe con muchas obras,  
un hechizo con mil vidas,  
un rigor con mil lisonjas,  
un riesgo con mil ternezas,  
y una pena con mil glorias.  
ALBISINDA Dos veces, duque, me alegra  
el suceso y la vitoria,  
por ser quien venció mi hermano,  
y por ser vos quien me informa.  
Con justa razón os quiero;



de Rosimunda la deidad humana.  
ROSIMUNDA ¡Ah fortuna, que fuerzas mi albedrío, (Aparte.)  
dándome esposo de mi gusto ajeno!  
¿No bastaba quitarme el padre mío?  
¿Quitarme el reino fue poco veneno?  
Mas ya ¿de quién me quejo? ¿En quién confío,  
si solo el viento sabe lo que peno?  
Hacia dentro llorad, ojos, mis males.

.....  
LEONCIO ¿Casóse el rey con Rosimunda, ¡ay cielos!, (Aparte.)  
siendo de mi valor real despojo?  
Con mi fidelidad luchan mis celos,  
y con mi propio honor lidia mi enojo.

FLABIO Sol, que por helados paralelos [Aparte.]  
al mar se va a poner tu esplendor rojo,  
sellen tu luz en monumento leve,  
salobre mármol, entre espuma y nieve.

REY Cubran las mesas; comerán conmigo  
los duques de Lorena y de Verona.  
(Aparte con el SENESCAL.)

Vos, Senescal, haréis esto que os digo.

FLABIO Mil años guarde el cielo tu persona.

LEONCIO Beso tus pies mil veces. (¡Ah enemigo!) (Aparte.)

.....  
FLABIO ¡Viva la noche, amor! (Aparte.)

ALBISINDA ¡Y muera el día! (Aparte)

LEONCIO ¡Ay honor, ay lealtad, ay prenda mía! (Aparte.)

(Vanse, y queda POLO.)

POLO Bravo elemento es ser rey,  
porque come cuando quiere  
y sin que nada le altere,  
si solo su gusto es ley.  
Si yo fuera rey, ¿qué hiciera?  
Eso es vida perdurable;  
yo tuviera humor notable,  
¿no tuviera? Sí tuviera.  
Primeramente mandara  
que hubiera envidiosos, ¿bueno?  
Eso es permitir veneno  
en palacio, cosa es clara;  
pero está el mundo de modo  
que es menester consentir  
lo mismo que se ha de huir,  
por no padecerlo todo.  
Pragmáticas rigurosas

consultara en mis ideas,  
sobre desterrar las feas  
y premiar a las hermosas.  
No tuviera jamás guarda  
en orozuz, fondo en tudesco,  
melocotón en greg[ü]esco,  
y dátil con alabarda.

(Entren SOLDADOS despejando, y vayan pasando la comida cubierta, con gran pompa.)

SOLDADOS ¡Plaza, plaza!  
POLO ¿Los sombreros  
se quitan? ¡Qué idolatría!  
¿Que le he de hacer yo cortesía  
a un lechoncillo de cueros?  
Ya a la mesa están sentados  
el rey, la reina, la infanta  
y los dos duques. ¿Quién canta? (Cantan dentro.)  
Dos ruiseñores barbados.  
[MÚSICOS] Pajarillo aprisionado,  
que libre sólo la voz,  
para hacer menor la pena,  
tu dueño te permitió.  
Sobrado descanso tienes,  
que te alargue la prisión,  
pudiendo en dulce armonía  
quejarte de tu dolor.  
POLO ¿Hay tan grande impertinencia,  
hay disparate mayor  
como ponerse muy graves  
con un pájaro veloz,  
muy moral con un arroyo  
en buena conversación,  
y muy tirado de cejas,  
aconsejando a una flor  
un poeta? Lleve el diablo  
al pájaro volador,  
al arroyo bercebú,  
y a la flor, una legión  
de suegras -digo, demonios;  
aunque para lo de Dios,  
ya se endemonian las suegras,  
si el demonio se ensuegró.

(Pásese la bebida con acompañamiento, que será un casco natural, o de calabaza, con unas listas de oro.)

¿Qué taza es aquélla? El casco  
debe de ser, ¡qué rigor!,  
de Floribundo. ¿Qué hará  
su hija en esta ocasión  
si lo sabe? Ah pobre reina,  
¿para a questo se casó  
contigo el rey? ¡Qué crueldad!  
Movídome ha a compasión.

[MÚSICOS] No te llames desdichado (Vuelven a cantar.)

de verte cautivo, no,  
que perder la libertad  
no es la desdicha mayor.

REY En esa copa, Rosimunda hermosa, (Dentro.)  
que de tu padre fue infeliz cabeza,  
quiero brindar a tu salud dichosa,  
que es del convite la mayor grandeza.

(Suene dentro ruido, como de mesa que se desbarata, y salga ROSIMUNDA con el casco  
en la mano, el REY, la INFANTA, FLABIO y LEONCIO.)

ALBISINDA Aguarda.

ROSIMUNDA ¡Qué lisonja tan costosa!

ALBISINDA Vuelve, hermana, señora.

REY ¡Qué extrañeza!

ROSIMUNDA Dejadme, y proseguid vuestra comida.

FLABIO Fue su padre; es mujer y está ofendida.

ROSIMUNDA No dejéis por mí las mesas.

Seguid el convite torpe,  
que más de caribes fieros  
parece que no de hombres.  
¿De qué feroz troglodita,  
de aquellos que hambrientos comen  
humana carne, de aquellos  
que sangre racional sorben,  
se escribe que cometiese  
un delito tan enorme,  
una crueldad tan injusta,  
entre mil culpas atroces?  
¿No bastaba que a mi padre  
de sus reinos le despojes,  
y de las sienes le usurpes  
laureles que te coronen?  
¿No bastaba que en su hija  
tu amor y esperanza logres,  
llevándote dos imperios  
y alguna hermosura en dote,  
para templar tu venganza,

para aplacar tus rigores,  
para moderar tus iras  
y enmendar tus sinrazones?  
¿Has tenido más valor  
que haber querido los dioses  
estar en una batalla  
favorables a tus voces?  
¿Qué culpa, después de muerto,  
cometió mi padre noble?  
Mas ya llegan las desdichas  
a ser las culpas mayores.  
Tener enemigos vivos  
son ya mortales pasiones,  
pensión que les dio al nacer  
naturaleza a los hombres;  
pero que los odios duren,  
sin que el enojo se borre  
aun más allá de la muerte,  
no cabe, no, en pechos nobles.  
¿No tuviste ejemplo en César  
que te acuerde y que te informe  
su lástima, su piedad,  
con que eternizó su nombre  
mas que con hacerse dueño  
a un tiempo de todo el orbe,  
desde la lama del Tiber  
a la arena del Orontes?  
Pues viendo del gran Pompeyo,  
en breve púrpura y pobre  
envuelta aquella cabeza,  
que cortaron dos traidores  
en las márgenes de Nilo,  
lloró con ternura dócil;  
que tal vez es seña el llanto  
de más valor en un hombre.  
Tú, pues, que en fierezas excedes  
a los tigres y leones,  
duro parto de una peña,  
monstruoso aborto de un roble,  
ni por ejemplos te mandas,  
ni te riges por razones,  
preciándote en tus crueldades  
de ser irracional bronce.  
¿Fueron éstas las promesas,  
son aquéstos los favores,  
que solicitando aleve  
que contigo me despose,

en los campos de Panonia  
me hiciste? Más son traiciones  
de los hombres cuando halagan,  
que más el veneno esconden. (Mirando al casco.)

¡Oh cabeza de aquel rey!  
¡Oh cadáver de aquel noble  
príncipe, que ya en el cielo  
en eternos resplandores  
vives, ceñido de estrellas,  
sin que del hado te toquen  
la crueldad y la desdicha,  
la mudanza y el desorden!  
¿Cómo esta injuria consientes?

¿Cómo no pides que aborte  
contra este tirano injusto  
ardientes venganzas Jove?

Tú que viviendo ganaste  
tanta fama, tanto nombre,  
que a pesar del tiempo mismo  
todos los siglos te oyen;  
gran monarca de los godos  
que, sin que nadie los dome,  
los ha de temblar del mundo  
el más remoto horizonte,  
perdona si no te vengo;  
y permíteme que llore  
en mi dolor dos afrentas,  
y en una acción mil baldones.  
Mas ruego al cielo, enemigo  
rey -que no es justo te nombre  
de otra suerte-, que escarmiento  
los siglos futuros tomen  
en ti, vengándome el cielo,  
si acaso atiende a mis voces,  
si acaso escucha mis ruegos,  
y a mis lástimas responde.

Todos los cuatro elementos  
en tu daño se convoquen;  
la tierra abierta te trague,  
el agua, infiel, te ahogue,  
el aire en un torbellino  
a los abismos te arroje,  
el fuego ardiente te abraze,  
y aun polvo no quede entonces  
Su luz el sol te recate,  
su olor te nieguen las flores,  
la respiración se excuse,



el beber por un cogote;  
ni el empinar una nuca  
pueda ser brindis de porte.  
¡Oh garrafa de esqueletos,  
oh pichel fúnebre, con que  
a puros tragos de réquiem  
hará el gaznate, «gorigori»!

REY Ella se entró tan furiosa  
que hacer que se desenoje  
y que su cólera temple  
ha de ser difícil. Oye,  
Leoncio -y pues que tú fuiste  
en Panonia el primer hombre  
de los nuestros que la habló,  
pues la prendiste- disponte  
a aplacar a Rosimunda  
con eficaces razones.

LEONCIO Voy, señor, a obedecerte.  
(¡Ay amor, cómo socorres (Aparte.)  
mis pensamientos perdidos,  
permitiéndome que logre,  
para decilla mi pena,  
lugar! La lealtad perdone.)

REY ¿Qué dices?

LEONCIO                      Que podré poco,  
o antes que llegue la noche  
la he de tener reducida.

REY Ven pues. (Vase el REY.)

LEONCIO                      (Déjame que goze, (Aparte.)  
amor, ventura tan alta;  
que si a mi fe corresponde,  
yo quemaré en tus altares  
mas ámbar y más olores  
que, para que anciano el fénix  
en el nuevo se remoce,  
de cinamomos y nardos  
fragante pira compone.) (Vase.)

FLABIO Justa razón ha tenido  
Rosimunda para dar  
indicios de su pesar;  
pero siendo su marido  
el rey, templará su enojo.

POLO Una mujer enojada,  
cuando se ve festejada,  
si hace a las iras del ojo,  
es tres demonios enteros,  
es cuatrocientas harpías,

y es seis docenas de tías  
que están pidiendo dineros.  
Guárdate tú de dar celos  
a su alteza.

FLABIO                   ¿Celos yo?

Quien su favor mereció  
ni aun sabrá darle recelos.

ALBISINDA De mi parte, agradecida  
estoy a ese cumplimiento;  
que excusarme tal tormento  
es asegurar mi vida,  
pues es pena más rabiosa  
de cuantas el mundo advierte,  
y mucho más que la muerte,  
estar con razón celosa.

FLABIO Yo adoro con tantas veras,

Albisinda, tu hermosura,  
que antes vieras la luz pura  
apagarse en las esferas  
que en mi fe mudanza vieras;  
porque es mi amor tan leal  
que, haciendo gala del mal,  
cuando se vio desdeñado  
pudo a costa del cuidado  
introducirse a inmortal.

Mas hoy, que favorecido  
estoy de tu mano hermosa  
-pues de que serás mi esposa  
esperanzas he tenido-  
¿cómo pudiera el olvido,  
a mi pecho de diamante,  
hacer de firme, inconstante,  
si enamorado imagino  
que hago valor de ser fino,  
y tema del ser constante?

ALBISINDA Bien merece ese favor,

que mis temores anima,  
el corazón que os estima  
con tan bien nacido amor.

Sosegóse mi temor;  
hízose afuera el engaño.

Dichosa yo, pues vi el daño  
que pudiera presumir,  
antes que llegase a oír  
lo dulce del desengaño.

POLO Mirad que éste no es lugar  
para estar hablando ansí.

FLABIO Polo, estoy fuera de mí.

POLO Pues procurad en sí estar.

ALBISINDA Bien dice Polo.

POLO                                   Acechar

os podrán; no hagáis alarde  
del amor.

ALBISINDA                   Vamos, que es tarde.

POLO La noche es mejor guarida.

FLABIO Adiós, infanta querida.

ALBISINDA Adiós, duque.

FLABIO                               Dios te guarde.

(Vanse, y entra ROSIMUNDA.)

ROSIMUNDA ¿Qué víbora pisada,  
que estaba entre las flores,  
ocultando el veneno sus olores,  
cuando el dolor la deja más airada,  
si acaso el pie grosero  
la pisa inadvertido y deja herida,  
pues el descuido paga con la vida?  
¿Qué arroyo lisonjero,  
que antes era apacible,  
y enfurecido ya de la terrible  
inundación del monte,  
no fue ruina a todo el horizonte,  
talando entonces con la espuma fiera  
el olmo a la ribera,  
la flor al prado, mies a la campaña,  
la encina a la montaña,  
sin que viva segura  
de su avenida la mayor altura?  
¿Qué fuego arrebatado,  
vecino de la pólvora se mira,  
que no convierta la mitad en ira,  
y su arder aplicado,  
en ceniza no deje convertido  
la misma casa que su albergue ha sido?  
Víbora, arroyo y fuego  
es mujer ofendida,  
que hiere, anega, abrasa  
su ofensor, su enemigo y aun su casa.

(Sale LEONCIO.)

LEONCIO (Determinado a morir, [A paño.]  
hoy desesperado vengo;



y con fingidas caricias  
animarle a lo que emprendo.)  
Pues ¿de qué os habéis turbado  
duque?

LEONCIO            Decirlo no puedo,  
si palabra vuestra alteza  
no me ofrece.

ROSIMUNDA            Yo os la ofrezco,  
sin saber de que la doy.

LEONCIO Pues confiado me atrevo  
a deciros...voy a hablar,  
y al pronunciar enmudezco...  
que aquel día que en Panonia,  
aquel infeliz suceso  
de prender a vuestro padre  
y de perder vuestros reinos  
tuvisteis, y en vuestro carro,  
que fue de tanto sol... cielo,  
puse los pies... aquí dudo,  
aquí me congojo y tiemblo...  
ese día a vuestros ojos  
quedé deslumbrado y ciego,  
enamorado y rendido,  
vos la cautiva, yo el preso.  
Creí que el rey me entregara  
de mis servicios el premio,  
y que fuéades mi esposa;  
mas él para sí queriendo,  
junto con tanta hermosura,  
gozar vuestros dos imperios,  
con vos se desposó -¡ay triste!-,  
y yo me quedé muriendo.

He querido que sepáis  
que sois de mi vida el dueño,  
que en vuestras luces me abras,  
que en vuestros soles me enciendo,  
y que a pesar del rigor  
que ya de mi atrevimiento  
imagino, he de adoraros,  
contra el olvido y el tiempo.

ROSIMUNDA Duque invicto de Verona,  
yo agradezco esos deseos  
que mostráis; bastante paga  
es decir que os agradezco.  
Confieso que me costastes,  
si no amor, algún desvelo,  
obligada a las finezas

vuestras cuando el sí violento  
di a este bárbaro Alboino,  
mas que por gusto, por miedo.  
Él es mi esposo, aunque tanto  
su nombre, duque, aborrezco,  
que aun a costa de mi vida,  
quitarle la suya intento.  
Si como decís me amáis,  
sabed que el mayor cohecho  
para negociar mi mano  
es cortar su infame cuello.  
Procurad quitarme de mí  
este embarazo grosero;  
y adiós, que os he dicho mucho  
LEONCIO Esperad; no os vais tan presto,  
porque no sola una vida  
gastaré en obedeceros;  
pero si tuviera más  
que tiene estrellas el cielo,  
perdiera por vuestro gusto...  
mas será bien que miremos  
con prudencia y con cordura  
la ejecución deste intento.

ROSIMUNDA Allá lo consultad vos.

LEONCIO Si ser en esto tercero,  
Flabio, duque de Lorena,  
quisiere, feliz suceso  
me pudiera prometer.

ROSIMUNDA Pues ¿qué camino tendremos  
para reducirle?

LEONCIO Uno,  
mas peligroso en extremo.  
Él adora en Albisinda,  
y ofreciéndole este reino,  
que es su dote, podrá ser  
que venga en este concierto.  
Volveremos a tu estado  
los dos, después del rey muerto;  
que no nos faltará ayuda  
en mis vasallos y deudos.

ROSIMUNDA ¿Cómo podré hablar al duque?

LEONCIO Todas las noches sospecho  
que se ven por el jardín,  
donde sale el aposento  
de la infanta.

ROSIMUNDA Aquesta noche  
llegar encubierta quiero,

y fingiéndome Albisinda,  
entre amorosos requiebros,  
pedirle que mate al rey;  
que aunque es su hermano, creerlo  
podrá el duque si le digo  
que jamás tendrán efeto  
sus bodas, viviendo el rey.

LEONCIO Sutil invención. (Deseos, [Aparte.]

¿qué me aconsejáis? Que vaya  
al jardín donde, fingiendo  
ser Flabio, de la ocasión  
me aproveche; por si puedo,  
aunque sea hurtado, lograr  
un favor; que si a esto llego,  
podré decirle quien soy  
después.)

ROSIMUNDA ¿Qué dices?

LEONCIO Que creo

que se logrará esa traza.  
Mas ¿al rey qué le diremos,  
que me envió a desenojarte?

ROSIMUNDA Que yo reducida quedo,  
y algo más desenojada;  
esto le dirás.

LEONCIO Los cielos

permitan que se nos logren  
sin peligro estos conciertos

ROSIMUNDA Adiós, duque; que yo voy  
a ver si reducir puedo  
a Flabio.

LEONCIO Yo voy también  
(a ver si puedo, encubierto, (Aparte.)

gozar la mayor ventura  
que en los anales del tiempo,  
con el buril de la fama,  
inmortales se escribieron.)

ROSIMUNDA (Así mi venganza trazo.) (Aparte.)

LEONCIO (Así trazo mi remedio.) [Aparte.]

ROSIMUNDA (Así morirá Alboino.) [Aparte.]

LEONCIO (Así morirán mis celos.) [Aparte.]

ROSIMUNDA (Mujer soy que está ofendida.) [Aparte.]

LEONCIO (Hombre soy que amando peno.) [Aparte.]

ROSIMUNDA (¡Muera el rey!) [Aparte.]

LEONCIO (¡Mi gusto viva!) [Aparte.]

ROSIMUNDA (¡Yo estoy loca!) [Aparte.]

LEONCIO (¡Yo estoy ciego!) (Aparte.)

ROSIMUNDA. (¡Denme los cielos venganza!) [Aparte.]

LEONCIO (¡Denme su favor los cielos!) [Aparte.]

## Jornada II

(Salen FLABIO y POLO de noche.)

FLABIO ¡Qué terrible escuridad!

POLO Pisando voy, y no sé  
en qué parte ponga el pie.

Extraña temeridad  
es la de venir aquí  
en noche tan espantosa.

FLABIO. Ninguna a mí más hermosa  
me ha parecido.

POLO                   Pues di,  
¿es mejor ir tropezando  
entre una y otra tiniebla,  
lentos los ojos de niebla  
y el corazón recelando,  
si al revolver de una esquina,  
o al doblar alguna calle,  
cobarde emboscada halle,  
que una linda disciplina  
de canelones de acero  
le den al triste cuitado,  
sobre haberle capeado  
y quitádole el dinero?

FLABIO En la noche más oscura  
hay mayor seguridad;  
no teme la oscuridad  
quien el recato procura.  
Mucho más discreto el cielo,  
y avisado, me parece  
cuando su luz oscurece  
y cubre de negro velo  
esta campaña estrellada,  
sirviéndole de cortina  
a tanta antorcha divina,  
tanta nube que, embozada,  
encubre los resplandores,  
y ocultando sus diamantes,

da lugar a los amantes  
para lograr sus amores.  
Vulgar es la claridad;  
lo difícil más se estima;  
y siempre el peligro anima,  
si tercia la voluntad.

POLO Y quien no está enamorado,  
¿qué ha de hacer, viéndose a oscuras?

FLABIO Quedarte en vano procuras.

Sirve, pues eres criado;  
ésta es del jardín la puerta.

POLO Abre, pues tienes la llave.  
(¡Oh qué mal el miedo sabe!) [Aparte.]

FLABIO Entra pues, que ya está abierta.

POLO Entraré, mas es gran yerro  
servir a señor rondante.

¡Plegue a Dios que algún gigante  
no nos pegue pan de perro!

(Éntrase, y sale ROSIMUNDA.)

ROSIMUNDA Mientras la infanta Albisinda

queda hablando con sus damas,  
burlándose de mi enojo  
y riendo mis venganzas,  
vengo al jardín; y aunque ignoro,  
recién venida a esta casa,  
sus laberintos, allí,

a pesar de tan extraña  
oscuridad, una fuente  
me dice con voz de plata  
que a su cristal me avecine,  
y mudamente me llama  
entre la niebla confusa.

Aún no distingo las plantas;  
solo el mármol de la fuente  
avisa su color blanca.

¡Oh si el duque de Lorena,  
a dar a mis esperanzas  
alientos, viniera agora!;  
pero, pues tanto se tarda,  
no debe de ser el puesto  
aquéste donde se hablan.

Quiero volverme y saberle  
con más certeza mañana;  
mas ¿qué es esto, pensamiento?  
¿Agora, agora desmayas?

¿Dónde vive mi osadía?  
¿Dónde mi valor se halla?  
Rumor parece que siento.

(Salen FLABIO y POLO.)

FLABIO Aquélla es la fuente clara  
donde tuve tantas veces  
entre mis brazos al alba;  
allí las flores me vieron;  
allí me oyeron las aguas  
dar celos al mismo Adonis,  
y dar envidia a Diana.

POLO Y aquí me verán también,  
si acaso me descalabran,  
con el purpúreo licor  
teñir en carmín la grama.

FLABIO Con el horror de la noche,  
dudosos los ojos andan;  
pero servirá la voz  
de seña: «¡Ah, mi bien, infanta!

ROSIMUNDA (Si no me miente el oído, [Aparte.]  
ya que la vista me engaña,  
«infanta» y «mi bien» dijeron.)  
¿Es el duque?

FLABIO Es quien os ama,  
quien como a su vida os quiere,  
quien os ha rendido el alma,  
quien es vuestro amante firme.

ROSIMUNDA ¿Venís solo?

FLABIO Me acompaña  
Polo no más.

ROSIMUNDA Pues decidle  
que hacia la puerta se vaya  
del jardín, y allí os espere.

FLABIO (Tened ánimo, esperanzas; [Aparte.]  
que cuando a solas se queda  
una mujer con quien ama,  
es señal de que al recato  
los testigos lo embarazan.)  
A la puerta del jardín [A POLO.]  
un breve rato me aguarda;  
que quiere estar sin testigos  
aquesta noche la infanta.

POLO Acabóse; aquesto es hecho.  
Ya no hay más; aquesto basta.  
No hay remedio; linda flema,

putas higas noramala,  
no me enfade. ¡Sí, por cierto,  
y qué poco! ¿No se aguarda?  
Vaya en buen hora; camine  
a las demás zarandajas,  
que se llaman estribillos.  
Vayan conmigo en mi guarda;  
que tengo miedo de a ocho,  
y no miro árbol ni planta,  
que no imagine que es hombre,  
que no la juzgue bisarma,  
que no la sospeche duende,  
que no la tema fantasma.  
Conténtame la señora,  
y su despejo me agrada.  
¿A solas con él se queda?  
Muy buen provecho le haga;  
que yo me voy a dormir  
seis horas, tantas del alba  
estamos lejos; que ahora  
son las diez. Adiós, madama.

FLABIO ¿Es posible, dueño hermoso,  
que después de tanta ausencia  
merezco en vuestra presencia  
este favor venturoso;  
que repito el ser dichoso;  
y aquella dicha primera  
resuscita o persevera;  
y que libre de embarazos,  
os podré pedir los brazos?

ROSIMUNDA Antes de darlos, espera;  
que primero he de saber,  
por divertir un temor,  
si es fingido tanto amor,  
si es cierto tanto querer.

FLABIO ¿Vos dudar, y vos temer,  
cuando está mi voluntad,  
cuando asiste mi verdad,  
de olvidaros tan distante  
que, por mía o por amante,  
se acredita mi lealtad?

ROSIMUNDA Pues si tanto blasonáis  
de quererme, Flabio mío,  
hoy os llama mi experiencia  
a hacer examen de fino.  
Hoy del amor que decís,  
yo propia he de ser testigo

en un negocio importante,  
que a vuestro valor confío.  
¿No me le habéis de negar?

FLABIO Por esos ojos divinos,  
en cuya luz apacible  
los átomos del sol mismos  
estudian rayos hermosos,  
juro que si a los abismos  
me mandarás que bajase,  
lo vieras luego cumplido.  
Pídeme que, deshaciendo  
las esferas de sus quicios,  
te traiga de su materia  
algún verdadero indicio;  
cuanta riqueza de oriente,  
por siete bocas del Nilo,  
conducen de Alejandría  
los mercaderes más ricos;  
las perlas que el sur engendra;  
las granas que tiñe el Tiro;  
cuanto borda el Babilonio,  
y cuanto ha tejido el Frigio.  
Pide el mayor imposible.

ROSIMUNDA Más fácil es lo que pido  
que cuantos hipérboles tuyos  
liberalmente me has dicho.

A un hombre has de dar muerte  
que [mi] decoro ha ofendido.

FLABIO ¿Tanto ha de tardar en verse?

ROSIMUNDA Pues advierte, dueño mío,  
que [es] mi hermano el rey.

FLABIO ¿Qué dices?

ROSIMUNDA Que mi hermano, o mi enemigo,  
quiere estorbar que se logren  
nuestras bodas; y es preciso  
que, dándole antes la muerte,  
atajemos sus disinios.

Advierte cuánto te adoro;  
pues que yo propia te animo  
a que derrames mi sangre,  
por ser más fácil camino  
para reinar quietamente.

FLABIO (¡Qué escucho, cielos divinos!) (Aparte.)

¿Y no adviertes que es traición  
cercada de mil peligros  
una maldad semejante?

ROSIMUNDA Por reinar, cualquier delito

se perdona en las historias.  
Por amor, en cualquier siglo  
ha merecido disculpa  
la venganza, el homicidio;  
que a tanto obligan, crueles,  
las instancias de un dios niño.  
Pues si el reinar, si el amor,  
el perdón han merecido  
y consiguen la disculpa  
con sus propios desvaríos,  
donde concurren conformes  
el empeño y el cariño,  
de buen aire es la traición,  
y de buen gusto el delito.

FLABIO Confuso estoy. Deme el cielo  
en tan arduo laberinto,  
o la cuerda del Teseo,  
o el claro ingenio de Edipo.

ROSIMUNDA ¿Estás dudoso?

FLABIO Soy noble.

ROSIMUNDA ¿Qué recelas?

FLABIO Un prodigio.

ROSIMUNDA ¿Qué temes?

FLABIO El ser traidor.

ROSIMUNDA ¿Qué huyes?

FLABIO El ser impío.

ROSIMUNDA ¿Si me ganas?

FLABIO Pierdo honor.

ROSIMUNDA ¿Si me pierdes?

FLABIO No soy vivo.

ROSIMUNDA ¿Si eres rey?

FLABIO Soy desleal.

ROSIMUNDA ¿Si nos mata?

FLABIO Mi honor libro.

ROSIMUNDA Pues ¡vive el cielo , cobarde!;

(Quítale la daga de la cinta.)

que con ese acero mismo

le he de dar la muerte yo,

en dándote a ti el castigo

que, cobarde, te negocias,

y que mereces, remiso.

(Si no puedo reducirle, (Aparte.)

morirá en los brazos míos;

porque no pueda la infanta

dar deste suceso aviso.)

FLABIO Dame, Albisinda, la daga.

ROSIMUNDA Antes, duque, determino

guardarla hasta la ocasión. (Échase en la manga.)

FLABIO (El rey está en gran peligro. (Aparte.)

Conviene disimular  
con ella. Si me resisto  
aquí, dará cuenta a otro  
de la traición que me ha dicho,  
y podrá tener efecto.)

(Entre el duque de Verona, LEONCIO, habiendo primero hecho ruido, como que salta unas tapias.)

LEONCIO (Con dificultad diviso, [A paño.]

entre las confusas sombras  
de la noche, el indistinto  
bulto de la hermosa fuente,  
si bien me avisa el ruido  
de aquella sonora plata  
que a sus cristales vecino  
estoy. Si acaso la reina  
a hablar a Flabio ha venido,  
las paredes del jardín  
salté con vuelo atrevido.  
Amor, ayuda mi intento;  
favorece mis desinios.)

FLABIO Si no me engañan del aire  
los ecos, siento ruido  
en ese cuadro.

ROSIMUNDA Bien dices.  
(Si es la infanta, cuanto he dicho (Aparte.)  
me ha escuchado.) Id a mirallo,  
duque.

FLABIO Ya voy. Polo ha sido,  
sin duda, que con el miedo  
debe de andar afligido.  
Voy a ver si está a la puerta  
del jardín. (Vase.)

ROSIMUNDA En gran peligro  
estoy, si acaso la infanta.

LEONCIO (Si no me duda el oído, [Aparte.]  
no lejos hablar oí;  
quiero llegarme.)

ROSIMUNDA Infinito  
me pesa de haber fiado  
del duque el secreto mío...

LEONCIO (Ésta es la reina, y diciendo [Aparte.]  
está que se ha arrepentido  
de fiarme su secreto.)

ROSIMUNDA Porque le vi muy remiso  
y muy dudoso.

LEONCIO (¡Por Dios!, [Aparte.]  
que cobarde he parecido.) (Vase acercando.)

ROSIMUNDA Rumor siento; el duque vuelve.  
¿Quién es?

LEONCIO Quien más que a sí mismo  
os adora, infanta, hermosa  
(¡qué bien disimulo y finjo!); (Aparte.)  
quien dará por vos la vida,  
intrépido y atrevido;  
quien por solo gusto vuestro  
será fiero basilisco  
de toda esta monarquía,  
pues pasándola a cuchillo,  
no quedará vida en ella.

ROSIMUNDA ¿Ni la del rey?

LEONCIO El principio  
será el rey de mi crueldad.

ROSIMUNDA (Albricias, corazón mío; (Aparte.)  
pues esta noche la muerte  
le hemos de dar.)

(Sale ALBISINDA.)

ALBISINDA (No he podido [A paño.]  
venir antes; que las damas,  
en cansados y prolijos  
discursos y novedades,  
un hora me han detenido.  
¿Si habrá esperado mi dueño  
mucho?)

ROSIMUNDA Digo, Flabio mío,  
que os adoro y que soy vuestra.

ALBISINDA (¡Cielos, estoy sin juicio! [Aparte.]  
¡Qué es lo que escucho! ¡Ah traidor,  
ah infame, ah falso, ah fingido!  
¿Así pagas mis finezas?  
¿Así mi amor, enemigo,  
correspondes? Quiero oír.)

LEONCIO Antes que ponga en olvido,  
dulce dueño de mi alma,  
(bien la engaño) lo que estimo  
vuestra hermosura, podrán  
volver hacia atrás los ríos,  
pararse el sol en el cielo.

ALBISINDA (¿Éste es el amante, el fino, [Aparte.]

el firme, el enamorado,  
el apacible, el bienquisto,  
el verdadero, el leal?  
La fama mintió; mal hizo  
llamarle falso, ingrato,  
desleal, desconocido,  
para que yo no le amara.)

(Hablan bajo LEONCIO y ROSIMUNDA, y salen FLABIO y POLO.)

POLO Yo he dormido a sueño suelto  
de la corte de Morfeo,  
hecho un hijo de vecino,  
socarrón con los cuidados,  
y zaino con los peligros.  
Cuando a mi sueño pesado  
vi que cortaron el hilo,  
de lo alto de la tapia  
yo -que poco antojadizo  
soy, y que, pues desperté,  
debió de ser grande el ruido-  
vi junto aquellos naranjos  
levantarse de improviso  
un hombre, y secretamente  
entrarse por lo escondido  
de los árboles.

FLABIO                   ¿Quién puede  
tan resuelto y atrevido  
escalar hoy a palacio?  
(Parad, celos mal nacidos; [Aparte.]  
tened, infames sospechas;  
que Albisinda... mas ¿qué digo?  
Ilusión debió de ser  
de este necio.)

POLO                   Yo me afirmo  
como testigo de vista  
que dice, «lo dicho dicho».

FLABIO Pues espérate aquí un rato.  
ALBISINDA (A ello me determino, [Aparte.]  
pues desengaño tan cierto  
no puede haberme mentido.  
A morir y no quejarme.)

FLABIO (Hacia esta parte, imagino, [Aparte.]  
quedó la infanta.)

LEONCIO                   ¿Es posible  
que tanto haya merecido  
que pueda llamarme vuestro,

señora?

FLABIO (¡Cielos divinos! [Aparte.]

¿duermo, sueño, o es verdad

lo que escucho y lo que miro?

¿Otro hombre con Albisinda?

No se engañó; verdad dijo

Polo. La paciencia pierdo.)

ROSIMUNDA Vuestra soy, y lo confirmo

con el alma. (Bien le engaño.) (Aparte.)

LEONCIO Yo soy vuestro. (Qué bien finjo.) (Aparte.)

ALBISINDA (¿Qué desengaño más cierto? [Aparte.]

¡Oh alevoso, oh fementido!)

FLABIO (¿Qué más cierto desengaño? [Aparte.]

Yo he de perder el juicio.)

ALBISINDA (No tengo que esperar más. [Aparte.]

Voyme donde determino

morir entre mi silencio);

(Vase a entrar y encuentra con POLO.)

mas ¿quién es?

POLO Polo, Polillo.

¿No me conoces?

ALBISINDA Traidor

como tu dueño, ya he visto

sus mentiras, sus engaños,

sus infamias, sus olvidos.

Dile que ya lo sé todo;

que goce por largos siglos

la dama que le está hablando.

POLO Harás que pierda el sentido.

¿Qué dama ni qué embeleco?

FLABIO (¿Hay en el mundo martirio [Aparte.]

como estar celoso un hombre

que se vio favorecido?

No hay burlas con el amor.

Para no ser su marido

esto basta. Aquí hay dos lances,

y en una acción dos avisos.

Ella es traidora a su hermano,

cuando es desleal conmigo.

Pidióme que le matase,

acaso porque el delito

se descubriese, quedando

mi vida expuesta al castigo,

y ella quedase sin miedo

con su amante. ¡Peregrino

modo de engaño! Ah mujeres!

Mas, pues el cielo ha querido

que lo supiese, remedio  
pondré a un tiempo en dos delitos.  
Quiero salir del jardín  
y aguardar a mi enemigo  
para matarle; y al rey  
podré con secreto aviso  
advertirle que se guarde.  
Ya estoy resuelto a este arbitrio;  
no quiero vella ni hablalla.)

¿Polo?

POLO           ¿Señor?

FLABIO               Ven conmigo.

POLO Mira que está aquí la infanta.

FLABIO ¿Cómo puede estar contigo?

ALBISINDA Como han querido los cielos  
volver por el honor mío,  
que no viviese engañada;  
pues aquesta noche he visto  
el desengaño a mis ojos.

FLABIO Pues, tirano cocodrilo,  
que lloras para matar,  
sirena que con hechizos  
en la voz quitas la vida,  
¿piensas borrar lo que he oído?  
Yo te he visto con otro hombre  
esta noche, entre cariños  
y halagos, darle palabra  
de ser suya.

ALBISINDA           Que el juicio  
has perdido, o que yo el seso  
quieres que pierda, imagino.  
¿Yo hablar con otro hombre? ¿Cuándo,  
cómo, dónde, con quién? Dilo.  
Tú, sí, que estabas hablando  
con otra en aqueste sitio.

POLO Aquí hay traición encubierta,  
porque hacia la fuente he oído  
«bisbis», como de quien habla.  
Acerquémonos quedito;  
lleguémonos poco a poco.

LEONCIO Ya mi bien, que he merecido...

POLO «Mi bien», no lo dije yo.

¿Hay tan grande ladroncinio  
como un «mi bien» a estas horas?

LEONCIO ...favores de tan divino,  
de tan soberano dueño,  
quiero deste laberinto

sacaros.

POLO           Y yo también;  
paso a paso me apropincuo,  
por si del hilo se vale  
sacar por él el ovillo.

ROSIMUNDA ¿Que no sois el duque Flabio  
de Lorena?

LEONCIO           Ya os he dicho  
que no soy sino Leoncio,  
y vos, con nombre fingido  
de Albisinda, sois la reina;  
que sabiendo que a este sitio  
habíades de venir  
a persuadir el delito,  
con el nombre de la infanta,  
al de Lorena, he venido  
a gozar con este engaño  
favores tan peregrinos.

FLABIO (¿No escuchas esto, Albisinda?) [Aparte.]

ALBISINDA (¡Ah. traidores! ¡Ah enemigos!) [Aparte.]

ROSIMUNDA Según eso, ya este empeño  
os obliga al homicidio  
del rey.

LEONCIO           Y esta misma noche  
pretendo darle el castigo.  
¿Son más cómplices en ello  
que mi valor?

FLABIO           ¿Haslo oído?  
No quiera el cielo piadoso  
que logréis esos disinios  
tan alevosos. Señora,  
yo pretendo dar aviso  
al rey, pues de su retrete  
la llave tengo.

ALBISINDA           Benigno  
el cielo desta traición  
darnos noticia ha querido.

POLO Con la del martes querían  
dar al pobre rey.

ROSIMUNDA           Confío  
de tu valor tal hazaña.

LEONCIO Ven, Rosimunda, conmigo  
y verás cómo tus ojos  
hacen menor el peligro.

ROSIMUNDA Pagarás, bárbaro rey,  
de una vez tantos delitos;  
que una mujer ofendida

es áspid, es basilisco.

(Vanse ROSIMUNDA y LEONCIO.)

FLABIO Fuéronse determinados;  
mas, pues avisarnos quiso  
la fortuna favorable  
sus intentos fementidos,  
la brevedad nos importa.  
Vos, hermoso dueño mío,  
os entrad en vuestro cuarto,  
en tanto que a dar aviso  
voy al rey.

POLO                   ¿Mejor no era  
entrar por el cuarto mismo  
de la infanta, y abreviar  
una legua de camino,  
como hay desde aquí a la puerta  
de palacio?

FLABIO                Es dar indicio  
y sospecha a tales horas.  
Imitaré al viento mismo  
en la ligereza. Adiós,  
hermoso dueño.

ALBISINDA                Contigo  
vayan los dioses.

FLABIO                Tú bastas;  
pues siempre, Albisinda, has sido  
mi fortuna en tantos riesgos,  
mi impulso en tantos peligros,  
mi suerte en tantas desgracias,  
mi vida en tantos abismos. (Vanse.)

(Entre el REY desnudándose con luces, el SENESCAL, OTÓN y criados.)

REY Melancólico, triste y cuidadoso,  
ajeno de reposo,  
esta noche me veo,  
fingiéndome ilusiones mi deseo;  
que el dolor multiplica  
los pesares que el pecho pronostica,  
y casi el alma aguarda.  
Pero ¿de qué mi vida se acobarda?  
¿Qué recelo me advierte  
los dudosos presagios de mi muerte?  
¿Hay en el orbe entero  
más poderoso rey? ¿De aqueste acero,

por tan cobardes modos,  
no tiemblan los romanos y los godos?  
Pues ¿de qué me acobardo,  
si ya estampado el nombre longobardo  
se mira en las estrellas,  
haciendo en su zafir de las más bellas,  
el cielo agradecido,  
epigrama a mí nombre esclarecido;  
y la fama parlera,  
toda plumas y voz, hasta la esfera  
mi valor tanto encumbra  
que al mismo sol las luces le deslumbra,  
y tanto el bronce alienta  
que parece que el mismo se revienta?  
OTÓN Mira, señor, que es tarde.

REY No ha de poder jamás hacer cobarde  
mi valor la fortuna,  
escrito con diamantes en la luna.

SENECAL Gran señor, ya la noche,  
apresurando el tenebroso coche,  
se despeña ligera.  
Recójase tu alteza.

REY                               No quisiera  
sin ver a Rosimunda,  
en quien el alma su descanso funda  
deste pesar molesto;  
mas, pues ya es tarde, desnudadme presto,  
(Vanle desnudando.)  
que estos vanos antojos  
divertirán, durmiéndose mis ojos,  
o los harán menores  
del sueño las especies interiores,  
que la vida aprisiona.

SENECAL Aquí está, gran señor, el de Verona.

REY Él venga en hora buena,  
si acaso viene a consolar mi pena.

(Sale LEONCIO.)

LEONCIO A la reina mi señora  
segunda vez volví a hablar,  
procurándole enjugar  
tantas perlas como llora;  
y tanto pude decir  
que, algo más desenojada  
y de la pena olvidada,  
ha prometido venir,



tan usada entre todos los longobardos,  
y aun entre los godos.  
Mas, con todo, se tarda;  
¡insufrible es la pena del que aguarda!  
El sueño me fatiga,  
y a matarme no viene mi enemiga.  
¿A matarme? ¡Bien dije!  
de amores vendrá a ser. Mucho me aflige  
el cuidado; y el sueño tan pesado  
es su tormento, como mi cuidado.

(Quédase dormido, y sale ROSIMUNDA.)

ROSIMUNDA ¿Si habrá esperado el rey? Él se ha dormido.

Mucho me he detenido  
con Leoncio; mas ya en mi cuarto aguarda  
que yo le avise. Voy, que si se tarda,  
puede ser que recuerde.

Nunca se cobra el tiempo que se pierde (Vase.)

REY ¿Dónde vas, Rosimunda? ¿Duermo o velo?

Soñando estoy, sin duda; que el recelo  
o el temor deste día,  
propone sombras a la fantasía.  
Engañase quien dice  
que en los sueños el cielo nos predice  
el suceso contrario,  
o el feliz, sucediendo de ordinario,  
en la tiniebla fría,  
soñar lo mismo que nos pasa el día;  
de modo que, ya alegre ya importuno  
su sueño se dispuso cada uno.  
Durmiendo está el soldado  
y a la voz del clarín tan alentado,  
tan inquieto se halla,  
que hace del lecho campo de batalla.  
El avaro, entre sueños, el tesoro  
se halla, y codicioso entierra el oro,  
siendo para él lo mismo  
estar en su poder que en el abismo.  
Celos y quejas el amante pide;  
valles y montes igualmente mide  
el cazador; y aun el lebrelo durmiendo  
gime, y la presa en sueños va mordiendo  
ya ligero la alcanza, ya la pierde,  
recuerda y halla que su sombra muere.  
Fluctúa el marinero en inconstante  
leño; discurre al fin el litigante,

y a sí mismo se alega en su derecho,  
formando un tribunal dentro del pecho  
Si por diversos modos  
sus mismos sueños se fabrican todos,  
soldado, avaro, amante,  
cazador, marinero y litigante,  
¿qué mucho, pues, que yo en la sombra fría  
tema lo mismo que recela el día?  
No puedo, aunque procuro, defenderme  
que un triste aún no descansa cuando duerme.

(Duérmese, y entran ROSIMUNDA y LEONCIO.)

LEONCIO Esta noche soy de guarda;  
bien puedo entrar sin cuidado.

¿Si habrá ya el rey despertado?

ROSIMUNDA ¿Qué temes? ¿Qué te acobarda?

LEONCIO ¿Yo cobarde? ¿Yo temor?

¿Cuándo no ha sido alentado  
un amor determinado?

ROSIMUNDA ¿Que al fin me tienes amor?

LEONCIO Por ti vivo, y por ti muero.

ROSIMUNDA Pues esto y más fiaré  
de ti. Yo te avisaré  
a su tiempo.

LEONCIO Ya lo espero. (Vase LEONCIO.)

ROSIMUNDA ¿Si aún duerme el rey? ¡Señor mío! [Llama.]  
Durmiendo está y descuidado.

¡Señor! El sueño es pesado;  
prisión es de su albedrío.

Hoy has de pagarme aquí  
la injuria que tienes hecha

a mi padre; satisfecha

he de quedar hoy de ti.

No fío del de Verona

mucho, que jamás le han dado

opinión de gran soldado;

mas su amor y la corona

que aguarda le harán valiente.

Aquella espada quisiera

poder sacarla allá fuera;

mas no, que daré a la gente,

que en la antesala le asiste,

sospechas; bien es dejalla.

A la silla quiero atalla.

(El REY, entre sueños, y ROSIMUNDA enreda la espada con los talabartes.)

REY ¿Qué haces, Rosimunda?

ROSIMUNDA

¡Ay triste!

REY Tú me matas.

ROSIMUNDA

¡Ay de mí!

¿Si me vio?, que estoy dudando.

Él duerme, y está soñando.

REY Mi bien, ¿en qué te ofendí?

Lisonja en nuestra nación

fue, al vencedor y al vencido,

de lo que te has ofendido.

ROSIMUNDA No le miente el corazón.

Si es lisonja, ¿cómo agora

teme tan justa venganza?

No está con desconfianza

el que su delito ignora.

Entre sueños se disculpa.

Quiero acabarla de atar;

muera, y vendrá a confesar

en la venganza, la culpa.

(Deja la espada atada, y toma a LEONCIO del brazo, que estará detrás del paño, y sale cuando le llama.)

Duque, llegó la ocasión;

el rey duerme; hasta su espada

a una silla dejé atada.

Si me tienes afición,

muestra aquí agora tu aliento.

(Dale la daga que traía en la manga.)

Toma, y véngame de todo. (Vase.)

LEONCIO No sólo el tiempo y el modo

me da, sino el instrumento.

Gran delito es el que emprendo,

contra el cielo y contra el mundo.

¿Agora en razón lo fundo?

Matar o morir pretendo;

quiero llegar.

REY Prenda amada,

espera. ¿Quién está aquí?

¿Tú con daga para mí?

¿Dónde, adónde está mi espada?

Mas ¿qué es esto?; que valerme

della no puedo. ¡Hola Otón,

Senescal!

LEONCIO Ociosas son

tus voces.

REY                    ¡A socorrerme  
acudid! ¡Traición!  
LEONCIO                    ¿Qué aguardo,  
que no acabo con tu vida?  
REY ¡Ah Rosimunda!  
LEONCIO                    Ofendida  
la tienes. Mucho me tardo;  
muere.  
REY        Dioses soberanos,  
valedme, ya que en el suelo  
no hay quien me defienda.  
LEONCIO                    El cielo  
se venga en ti por mis manos.

(Andan los dos batallando, y el REY defendiéndose con la silla en que está la espada, y éntrase, habiéndole dado algunas puñaladas, de suerte que lo llegue a ver FLABIO, que sale con la espada desnuda.)

FLABIO ¡Aguarda! Mucho he tardado.  
Tú, Leoncio, habías de ser  
el traidor.  
LEONCIO                    Si yo lo fui,  
tú lo has sido  
también; pues aquí venías  
solo, y desnudo el acero.  
FLABIO Vengar a mi rey espero.  
¿Yo insultos? ¿Yo alevosías?  
¿Cuándo yo no fui leal?  
¿Cuándo en mí cupo traición?  
LEONCIO Quiero llamarlos: ¡Otón,  
Rosimunda, Senescal!  
ROSIMUNDA (Parece que el rey llamó (Dentro.)  
«Senescal».)  
FLABIO                    Presto te oyeron,  
¿y a las voces no acudieron  
del rey, oyéndolas yo?

(Salen ROSIMUNDA, SENESCAL, OTÓN y criados.)

ROSIMUNDA ¿Muerto mi esposo? ¡Ah villanos!  
FLABIO Leoncio ha sido el autor  
de su muerte.  
LEONCIO                    El fue el traidor.  
SENESCAL (Aunque ambos son italianos, (Aparte.)  
más en el duque, sospecho,  
de Verona.)  
FLABIO                    Leoncio fue.

SENESCAL (Y en la turbación se ve.) (Aparte.)

FLABIO ¿Tú no le pasaste el pecho?

OTÓN La daga en el suelo está  
con sangre.

SENESCAL Ella habrá de ser  
el testigo.

OTÓN No hay que ver  
más; descubierto está ya  
el matador.

ROSIMUNDA ¡Caso raro!

OTÓN Del mismo aderezo es  
que trae Flabio. ¿No la ves,  
señora?

ROSIMUNDA ¿No estaba claro?

Por casarse con la infanta  
Albisinda, y heredalle,  
le mató. (Quiero culpalle; (Aparte.)  
sola una cosa me espanta:  
¿yo a Flabio no le quité  
la daga? La duda cese;  
de cualquier modo que fuese,  
me importa que libre esté  
Leoncio desta sospecha.)

FLABIO Digo que la daga es mía,  
mas no la traición.

ROSIMUNDA Desvía.

LEONCIO La reina está satisfecha  
de mi lealtad.

FLABIO De tu amor,  
di; y tú de su hermosura.

ROSIMUNDA Démosle al rey sepultura  
con la pompa y el honor  
que se debe; y en prisiones  
poned a Flabio.

LEONCIO (Conviene (Aparte con ROSIMUNDA.)  
castigarle.)

FLABIO El cielo tiene  
llave de los corazones,  
y descubrirá algún día  
vuestra maldad y mi celo;  
que no ha de tener el cielo  
parte en una alevosía.

ROSIMUNDA Da las armas.

FLABIO ¡Ah inhumano!

En mi inocencia se funda  
mi verdad. ¡Ah Rosimunda!

(Sale ALBISINDA.)

ALBISINDA Apartad. ¿Muerto mi hermano?

ROSIMUNDA Llévadle a una torre.

ALBISINDA ¿A Flabio?

¿Y por qué?

LEONCIO Alevosamente  
mató al rey.

ALBISINDA El duque...

ROSIMUNDA Tente;

no le agravies; cierra el labio.

LEONCIO Está apasionada.

ALBISINDA Tú fuiste, tú y Rosimunda  
quien le mató.

LEONCIO ¿En qué lo funda,  
vuestra alteza?

ROSIMUNDA Está enojada;  
vamos, Leoncio, y llevad  
vosotros al duque Flabio.

FLABIO ¡Que sufra el cielo este agravio!

OTÓN Vamos, señor.

ALBISINDA ¡Esperad!

ROSIMUNDA ¡Llévadle!

FLABIO ¡El cielo piadoso  
descubra traición tan fiera!

ALBISINDA ¡Quién le hablara!

FLABIO ¡Quién la oyera!

¡Ay mi Albisinda!

ALBISINDA ¡Ay mi esposo!

(Llévanle preso a FLABIO, OTÓN y los demás; y queden ROSIMUNDA, ALBISINDA,  
LEONCIO y el SENESCAL.)

ROSIMUNDA Murió el rey, ¡ah desdichada  
monarquía!

ALBISINDA ¿Y tú le lloras?

ROSIMUNDA El cielo muda las horas.

(Contenta voy, y vengada.) (Aparte.)

ALBISINDA Vengaréle, ¡vive Dios!,  
de tan grande alevosía.

¡Ay hermano! ¡Ay prenda mía!

Vengarme tengo en los dos.

### Jornada III

(Sale POLO, y un PORTERO viejo.)

POLO ¿Sacaréisme, camarada,  
de dos dudas?

PORTERO Menos fieros.

POLO Siempre tuve a los porteros  
por gente bien informada.

Grande novedad promete

fiesta supernumeraria;

decid: tanta luminaria,

tanto farol y cohete,

anoche tan gran festín,

tanto mote e invención,

tanta gala, ¿a qué ocasión,

a qué título, o a qué fin?

Esto es cuanto a lo primero;

lo segundo -¿estás de espacio?

Claro está- ¿por qué a palacio

corre el vulgo tan ligero?

PORTERO En aquesto vengo y voy;  
después os responderé.

¿Quién os ha dicho, y de qué

sabéis que de espacio estoy?

POLO No es la presunción extraña,  
supuesto que considero  
el espacio en un portero  
que en un pescador de caña.

Tan grande flema es estar

con su carrete y cestica,

viendo si pica o no pica,

como el abrir y cerrar

una puerta con tanto ojo,

por el nudo del postigo,

viendo si es señor o amigo,

con la mano en el cerrojo.

De espacio estás; desatad

las dudas que dificulto,

si bien de lo más oculto

es el eco la ciudad;

aunque a las voces atenta,

el interés de que nace

su discurso, ella se hace

sin la huéspedada la cuenta;  
pues no se ha soñado acá,  
y más, si es en su provecho,  
cuando ya lo dan por hecho.

PORTERO Que discurren, ¿que se os da?

POLO Pudiera dárseme algo.

¿Vos no queréis responder?

PORTERO Eso es venir a saber,  
o a moralizar, hidalgo.

POLO ¿Pregunto?

PORTERO Es cosa molesta  
preguntar dos cosas juntas;  
mas oíd, que a dos preguntas  
satisfará una respuesta.

Rosimunda...

POLO Ya sé yo  
que ha partido la corona  
con el duque de Verona,  
Leoncio; y sé que prendió  
al de Lorena, y que ha un mes  
que a una torre le llevaron;  
que los dos se desposaron,  
y que quisieron después  
coronarse; y no han podido  
hasta hoy, que está dispuesto.

PORTERO Al menos no sabréis esto:

Albisinda...

POLO Ya he sabido  
-tened, no me repliquéis-  
de Albisinda la afición.

PORTERO Sois un nuevo Salomón,  
porque todo lo sabéis.

Eso es lo más que yo puedo  
deciros. ¿Qué me queréis?

POLO Quiero que vos me informéis;  
que pienso que es todo enredo.

Decid, pues que estáis de espacio,  
que da grande autoridad  
decir allá en la ciudad:

«Esto he sabido en palacio.»

Grande introducción promete  
cuando uno dice muy vano:

«Esto me dijo un enano;  
aquello oí en el retrete;  
ayer hablé a un consejero,  
hoy a una dueña de honor;  
aquello de un gran señor

supe, y esto de un portero.»

Diré agora y deste modo,  
aunque nunca sea verdad,  
dando en todo autoridad,  
me darán crédito a todo.

PORTERO Yo os concedo el silogismo;  
mas concederos no quiero  
que le sabéis de un portero,  
sabiéndolo de vos mismo.

POLO Oíd.

PORTERO Ya estáis importuno.

(Dentro.) ¡Plaza!

PORTERO El rey, y gracias a Dios  
que me ha librado de vos.

POLO Preguntaré uno por uno,  
a cuantos fueren pasando,  
las novedades; pues dellas  
mi amo gusta, que a sabello  
me envía, y queda esperando.

(Salgan ROSIMUNDA, LEONCIO ya rey, el SENESCAL con un estoque desnudo al  
hombro, y un soldado con una fuente, con corona y cetro, y siéntense los dos.)

LEONCIO Ya, ilustres longobardos, que el destino,  
o la traición de Flabio, dio en Verona  
ocasión a la muerte de Alböino,  
vuestro rey, y elegistes mi persona  
-dicha que debo a Júpiter sagrado  
y a vosotros después, que esta corona  
en mis sienes habéis depositado-,  
pretendo que sepáis que la poseo  
en tanto que Albisinda toma estado.  
Feliz quien mereciere tal empleo,  
como no case con el duque Flabio,  
pues de tan gran delito ha sido el reo.

ROSIMUNDA ¿Qué respondéis? En esto no hace agravio  
a la infanta, ni al reino.

SENESCAL Gran señora,  
todos le obedecemos. (Miente el labio-, (Aparte.)  
que es un tirano y ella una traidora.  
Cuando no fue leal el de Verona,  
valiente ha sido, y mucho más agora  
en no rendir la vida a tanta pena.)

ROSIMUNDA ¿Qué dice el Senescal?

SENESCAL (Fingir conviene.) (Aparte.)  
Cuanto su majestad manda y ordena  
es justo.

ROSIMUNDA En lo que ha dicho, razón tiene.

(Suena ruido dentro.)

LEONCIO ¿Quién causa ese rumor?

ROSIMUNDA Será la infanta  
que por la libertad del duque viene.

Es mujer, quiere bien, y no me espanta.

LEONCIO Alguna gran desdicha nos previene.

ROSIMUNDA Jamás la vi llegar con furia tanta.

(Levántanse, y entra ALBISINDA con saya grande de luto.)

ALBISINDA ¿Adónde está, longobardos,  
el renombre que ganastes

en tantas dudosas lides,  
a costa de vuestra sangre,  
de esforzados y aun de fieros?

Que es virtud en esta parte  
la fiereza, pues con ella  
tantos reinos sujetastes.

¿Adónde está la lealtad  
que a mi hermano y a mi padre  
jurastes y no cumplistes?

¿Dónde está el pleito homenaje  
de defender estos reinos;  
de no entregarlos a nadie,  
si no a mí que los heredo,  
y a quien conmigo se case?

ROSIMUNDA ¿No echáis de ver que la tienen  
fuera de sí los pesares?

Volved, señor, a sentaros; [A LEONCIO.]  
dejad que diga y se canse. (Vuélvense a sentar.)

ALBISINDA ¿Y no echáis de ver vosotros,

si es que os preciáis de leales,  
que con la corona y cetro,  
que es mío, quieren alzarse  
los dos? ¿No veis que es cautela,  
que todo es asegurarme  
con dilaciones, y dar  
color a un delito infame?

¿Quién vio hacer de la traición  
virtud? ¿Quién vio hacer alarde  
del insulto? ¿Quién ha visto  
hacer de la guerra paces,  
honor de la tiranía,  
y lisonja del ultraje?

¿Qué discurso se convence,  
ni en qué pensamiento cabe,

el creer que el de Lorena,  
sin darle ocasión, matase  
a su rey, por un indicio  
tan contingente y tan fácil  
como es hallar una daga,  
que él mismo pudo tiralle  
a Leoncio desde lejos,  
para que llegase antes  
que su espada a defender  
al rey, o para estorballe  
la ejecución? Mas ¡ah cielos!  
que su ayuda llegó tarde,  
y su aviso; que el sabía,  
y yo -no hay que preguntarme  
el cómo- vuestros intentos,  
que en los jardines del parque  
oí, bien sabéis adonde.  
¿No os turbéis? Todo se sabe  
-que tratastes de dar muerte  
a mi hermano.

ROSIMUNDA                      Ya es más grave  
su accidente.

ALBISINDA                      Cuerda estoy;  
bien podéis crédito darme,  
vasallos; que la verdad  
tenemos de nuestra parte,  
y el cielo; pues no podrán,  
ya que a los hombres engañen  
estos bárbaros, mentir  
a los dioses inmortales.  
¿Cuándo el duque de Lorena  
fue traidor? ¿Cuándo cobarde?  
¿Tuvo el rey mayor soldado,  
más valiente, más amable.  
más bienquisto, más dichoso,  
y al fin, de mayores partes?  
¿Quién dio crédito a la guerra?  
¿Quién las banderas reales  
arbolando, hizo en Italia,  
en Alemania y en Flandes,  
al eco de los clarines  
y al duro son de los parches,  
estremecerse los montes,  
confundirse las ciudades?  
Que a veces el propio miedo  
hace al contrario más grande.  
¿Hay nación tan dilatada

donde su fama no alcance,  
de la Noruega a la Libia,  
y desde el Tajo hasta el Gange?  
¿No fue él solo quien venció  
a Floribundo, tu padre?  
¿No cortó su altivo cuello,  
de que aún pretendes vengarte,  
Rosimunda, a pesar mío?  
Pues aunque más intratable,  
pues aunque mas vengativa,  
en tu opinión más constante,  
has de hallar al de Lorena  
a mi lado y de mi parte,  
y a mí tan firme en quererle,  
por su esfuerzo y por su sangre,  
que ejemplo de agradecidas  
he de ser, como él de amantes.  
Loba soy enfurecida,  
y acosada de los canes;  
toro que sale del coso  
garrochado; inexorable  
tigre, a quien robó los hijos  
el cazador; fiero áspid,  
a quien planta inadvertida  
pisó, discurriendo el valle;  
y al fin, mujer ofendida,  
con quien parecen tratables,  
mansos, blandos y apacibles,  
loba, toro, tigre y áspid.  
¿Conquistaste tú mi estado,  
Leoncio? ¿Tú no escapaste  
de los tuyos, fugitivo;  
pues de Verona a los Alpes  
corriste hasta que una tropa,  
que iba siguiendo tu alcance,  
a la presencia te trujo  
del rey; y al hacer las paces,  
te dio el título de duque  
de Verona por honrarte?  
Di, Rosimunda, ¿no estuvo  
tu fortuna en que agradases  
al rey? ¿Vale una hermosura  
un reino y tantas ciudades?  
¿No es una flor, que a la noche  
muere y con el alba nace,  
y la que entre todas es  
maravilla mucho antes?

Vasallos y confidentes,  
soldados y capitanes,  
justicias y consejeros,  
exarcos y senescales,  
mi honor está en opiniones,  
Flabio sin culpa en la cárcel,  
tiranizado está el reino;  
los que os preciáis de leales,  
los que blasonáis de nobles,  
defendedme y amparadme.  
Decid que la libertad

viva, y mueran los parciales. (Vase.)

SENESCAL ¡La infanta viva, soldados!

Muchos tienes de tu parte;  
¡venid! (¡Ah cielos!, llegó (Aparte.)  
la ocasión de declararme.)

SOLDADO No pueden ser tantas señas  
falsas; y más, que en turbarse  
los dos, su culpa confiesan.

SENESCAL Sigamos al sol que nace. (Vase.)

LEONCIO Muera el senescal; seguilde.

Si se resiste, matalde.

POLO Testigo he sido de vista;  
de todo quiero avisarle.

No dirá agora mi amo  
que no llevo novedades.

SOLDADO ¡Quien fuere noble me siga!

(Vase con algunos soldados, y quedan otros.)

LEONCIO ¿Todos me dejáis?

OTÓN Vengarte

puedes, armas tiene Italia,  
dueño de sus voluntades  
eres; que por verse libres  
de tudescos y alemanes,  
de godos y longobardos,  
seguirán tus estandartes;  
cuanto más que el senescal,  
cuando pretenda ayudarse  
de sus parientes y amigos,  
no es el número bastante  
para igualar a los nuestros.  
La Italia vendrá a librarse  
de este yugo tan pesado.

Tú, señor, que fuiste antes  
duque de Verona, hoy serás

rey de vasallos leales.

LEONCIO Bien me dices.

ROSIMUNDA No lo aciertas,  
señor, en tan fiero trance;  
más seguro es que a Panonia  
nos vamos, donde ampararte  
podrás; que en llegando a vernos,  
sus fuerzas y baluartes  
nos rendirán mis vasallos.

LEONCIO Después que mató a tu padre  
Alboino, ¿en tus estados  
no dejó presidios antes  
de volverse a Italia?

ROSIMUNDA Sí.

LEONCIO Según eso, no es muy fácil  
la entrada. Desde aquí puedo  
defenderme y aun vengarme  
de todos.

ROSIMUNDA ¿De qué manera?

LEONCIO No dejéis entrar a nadie.  
(Si le doy parte a la reina (Aparte.)  
de la muerte que he de darle  
a Flabio, podrá decirlo  
a alguno, y en casos tales,  
siempre fue el guardar secreto  
la circunstancia más grave.)  
Rosimunda, en los peligros  
donde las armas no valen,  
suele ceder la fortuna  
más que a las fuerzas, al arte.  
(Yo haré que la ocasión cese; [Aparte.]  
yo quitaré de delante  
al pueblo la mayor causa  
del motín; yo he de trazarle  
al de Lorena la muerte  
con tal secreto que nadie  
sospeche en mí.) Otón, escucha.

OTÓN ¿Qué me mandas?

LEONCIO Ve a llamarme...  
¿conoces a Sedechías?

OTÓN Sí, señor.

LEONCIO Pues de mi parte  
le dirás que aquí le espero. (Vase OTÓN.)  
(Éste es el hombre que sabe (Aparte.)  
mejor de naturaleza,  
secretos y calidades;  
y quiero que haga un veneno

con que al de Lorena mate.  
No faltará alguna traza  
para que no se recate  
de mí; el de Lorena muerto,  
no hay peligro que me espante.)

ROSIMUNDA ¿No me dirás lo que intentas?

¿Es tiempo de retirarte éste?

¿Ahora tratas de estudios,

cuando la ciudad se arde

en armas? ¿Libros agora?

¿De hojas de papel te vales

contra la que Flabio ciñe

de acero? Y más, siendo un Marte

italiano, y tú...

LEONCIO ¿Qué dices?

ROSIMUNDA (Iba a decir un cobarde.) (Aparte.)

LEONCIO Rosimunda, yo me entiendo.

No me apures, no me ultrajes;

que importa guardar secreto.

ROSIMUNDA ¿Conmigo?

LEONCIO Hay secretos tales

que es cordura aun no partillos

con quien el lecho se parte.

(Vase, y queda sola ROSIMUNDA.)

ROSIMUNDA ¿Y te vas sin darme cuenta

de tu intento? Poco sabe

el que no toma consejo,

y más de mujer; que darle

suelen tal vez, y acertado.

Quizá pudiera importarte

que yo llegara a sabello.

Igual fuera que tomases

las armas, y en un bridón

que tuviera más de ave

que de bruto, discurrieras

la campaña, siendo iguales

tu cólera y su ardimiento,

y afligiendo sus ijares,

de rayo le acreditaras,

y de exhalación errante.

Mas primero tendrá flores

el cielo, varios celajes

la tierra, y el aire peces;

primero el mar tendrá aves,

alterando sus efetos,

mar y tierra, cielo y aire;  
primero del imposible  
mayor hará un caso fácil  
naturaleza, que hacer  
un valiente de un cobarde.

(Vase, y sale FLABIO con prisiones.)

FLABIO Sin esperanza, solo, aprisionado,  
a merced juzgo el tiempo que he vivido  
vida que a un poderoso dé cuidado,  
adonde el desengaño está escondido  
de tan gran tiranía en que ha fundado  
Leoncio la corona que ha ceñido;  
bien parece merced, y de los cielos,  
el durar a la par de sus recelos.  
Mas aunque viva, mi desdicha es tanta  
que no espero consuelo en mi tormento.  
Aprisionado el pajarillo canta  
con la esperanza de volar contento;  
tal tienta la prisión, tal vez quebranta  
sus hierros, y su pluma por el viento  
vence en colores a la primavera;  
mas ¿qué mucho que cante quien espera?  
Libre un arroyo va por el estío,  
la campaña entre flores discurriendo,  
y en las prisiones del diciembre frío,  
preso después su curso enmudeciendo.  
Esto, pues, le sucede en lo sombrío,  
que sí al sol, que entre sí se va riendo,  
el agua que en el centro va ligera;  
mas ¿qué mucho que ría quien espera?  
El esclavo después de la batalla,  
donde no le valió su valentía,  
ya fugitivo en libertad se halla,  
o ya fiel por el rescate envía,  
en tanto sufre, disimula y calla,  
su pecho alienta y en los dioses fía  
que ha de gozar su libertad primera;  
mas ¿qué mucho que aliente quien espera?  
Levántase en el mar una importuna  
borrasca, en que turbado el pasajero,  
aún no le queda confianza alguna  
de verse libre del embate fiero.  
Ya se mira en la esfera de la luna  
el bajel, ya en el centro el marinero  
se esfuerza, ya se juzga en la ribera;

mas ¿qué mucho que esfuerce quien espera?  
Cada cual canta, ríe, alienta, esfuerza;  
en la prisión asiste la esperanza,  
contra el invierno el sol muestra su fuerza,  
síguese a la tormenta la bonanza,  
la esclavitud con el rescate es fuerza  
que se acabe; y, en fin, remedio alcanza  
pájaro, arroyo, esclavo y marinero.  
Solo yo ni le alcanzo, ni le espero.

[POLO y un SOLDADO, dentro.]

POLO Tengo de entrar.

SOLDADO ¿No hay más?

POLO ¡Qué guarda tan observante!

¿Qué más hiciera el gigante  
del puente de Fierabrás? [Sale.]

FLABIO ¿Qué es eso?

POLO Nada, señor;

con una guarda lo he,  
que cada rato me ve,  
y ahora da en preguntador,  
necio de todas maneras.

FLABIO Eso no se lo condeno.

POLO Ha dado en mirarme el seno,

bolsillos y faltriqueras.  
¿Pretendo yo, por ventura,  
librarte desta prisión?

¿Vengo yo con invención;  
vístome yo de figura;  
traigo yo lima y cordel,  
con su dancita villana,  
que te cante a la ventana,  
reventando de fiel?

¿Vínoseme a la memoria  
chimenea? ¿Fui borrón  
caído de su cañón?

.....

¿Soy yo músico hazañero,  
graduado de corneja,  
que escarmientos aconseja  
muy infausto y agorero,  
pronosticando tu daño  
con pasajes de garganta,  
en el tono que se canta?  
Dígame tú, el hermitaño,  
pues si nada desto fui,

y ven que vengo de rúa,  
sin maestra ni ganzúa,  
¿qué se recatan de mí?

FLABIO Déjales hacer su oficio,  
y dime si hay algo nuevo.

POLO Muy mal estas burlas llevo;  
que lo tienen ya por vicio.

FLABIO Di qué hay de nuevo; di presto.

POLO ¿Quieres mayor novedad?:  
en armas está la ciudad.

(Dentro.) ¡Viva Albisinda!

FLABIO ¿Qué es esto?

POLO Longobardos e italianos.

SENECAL ¡Romped la prisión! ¡Entrad! (Dentro)

¡La infanta y la libertad  
vivan!

OTRO. ¡Mueran los tiranos!

(Sale ALBISINDA con espada desnuda, el SENESCAL y soldados.)

ALBISINDA Éste, vasallos, es el duque Flabio,  
que ha de Vengar el mío y vuestro agravio  
éste el Marte segundo,  
éste el que dio la muerte a Floribundo,  
rey de los ostrogodos;  
que si no los mató, los venció a todos,  
segando allí gargantas enemigas  
su espada, muchas más que la hoz, espigas.  
Éste ha de ser mi esposo;  
no puedo daros rey más valeroso,  
de más ilustre rama.

Cuando no a mí, dad crédito a la fama  
que al más remoto clima  
lleva su nombre, y tanto el bronce anima  
que en sus ecos no suena  
otro que el duque Flabio de Lorena.

FLABIO ¿Quién alcanzó favor tan soberano?  
Dame los pies.

ALBISINDA Levanta, que la mano  
te doy. Aunque le pese al de Verona  
y a Rosimunda, tuya es la corona.  
Decid que viva el duque de Lorena.

TODOS. ¡Viva!

ALBISINDA Governa, ordena  
esta gente. Quítadle las prisiones.

SENECAL Vuelva el duque a regir sus escuadrones  
(Dale la espada a FLABIO.)

ALBISINDA Toma esta espada que ceñí animosa;  
toma, que ya en mi mano vive ociosa  
después que en mi defensa y a mi lado  
llevo el mayor soldado  
que vio Italia y el mundo ha conocido.

FLABIO Vida a los cielos y ocasión les pido  
para desempeñarte, gran señora;  
junte Leoncio su poder agora,  
contra mí se conjure el orbe entero;  
que la vitoria fío deste acero  
a sus filos, no sólo a sus reflejos  
mirados desde lejos.

Antes que llegue el golpe ejecutivo,  
no me ha de quedar vivo  
ningún traidor; y conseguirlo puedo,  
pues bastará su miedo  
a quitarles las vidas,

siendo ellos mismos muertos y homicidas

ALBISINDA Dice muy bien; que si a sus manos fuera  
su nombre no muriera;

y así vida cobraran en su muerte,  
que hasta en el modo de morir hay suerte.

FLABIO El senescal, como soldado viejo  
de experiencia y consejo,  
la gente ordene; y a palacio marche  
el sonoro metal y el ronco parche.

Convoque la ciudad, y el vulgo altere.

SENESCAL En su valor y en la verdad espere  
vuestra alteza suceso y fin dichoso.

POLO Ya no puede ser malo, siendo esposo  
de la infanta Albisinda. ¡Arma y a ellos!

Yo solo basto, yo, para vencellos.

FLABIO ¡Viva la infanta!

SENESCAL El triunfo se aperciba.

TODOS. ¡Viva la libertad!

ALBISINDA ¡El duque viva!

(Vanse, y salen ROSIMUNDA y FINEA, criada.)

FINEA Solo un necio desespera,  
señora; ten confianza.

ROSIMUNDA ¿En quién pondré la esperanza  
si el rey, en quien hoy pudiera  
fundarla, está de manera  
temoroso y retirado,  
Finea, que he sospechado  
que, porque en esta ocasión

no se sepa su traición,  
su muerte se ha anticipado  
en cerrarse y disputar  
un hora en su camarín  
con un hebreo? ¿A qué fin?  
FINEA Mucho me da que pensar.  
ROSIMUNDA ¿Quién dio al discurso lugar,  
quién de ciencias hizo alarde,  
quién gastar quiere una tarde  
en libros cuando alterado  
está un pueblo, y conjurado?  
¿Quién sino un pecho cobarde!  
Todo es miedo; esto es sin duda;  
pues para matar durmiendo  
al rey, me anduvo pidiendo  
que Flabio le diese ayuda.  
Con esta respuesta muda  
me dice, ¡ah falso traidor!,  
sus dudas y su temor;  
que si amor el suyo fuera,  
ni dudara ni temiera;  
mas fue codicia, y no amor.

(Sale OTÓN.)

OTÓN ¿Dónde está su majestad?  
Señora, ¿tan descuidada  
estás, cuando alborotada  
dicen que está la ciudad?  
La nueva llegó a palacio  
en este punto.

ROSIMUNDA Es traición.

OTÓN ¿Dónde está el rey?

ROSIMUNDA ¡Qué ocasión

para estarse muy de espacio,  
retirado! ¡Abre, señor;  
que el pueblo está contra ti!  
¡Abre pues! ¡Qué necia fui  
en confiarle mi honor  
y estos reinos a un villano,  
a un cobarde, a un lisonjero!  
¿Tú amante? ¿Tú caballero?  
¿Tú...? Mas yo me canso en vano,  
que te quiten la corona.

LEONCIO ¡Júpiter divino! (Dentro.)

¿Qué me quieres, Alböino?  
Yo no soy rey; de Verona

soy duque. ¡Válgame el cielo!

OTÓN Ya abrió la puerta.

LEONCIO ¡Ay de mí!

¿Qué me quieres? Ya caí;

ya di con todo en el suelo.

(Sale tropezando en un retrato, y cae en el teatro.)

ROSIMUNDA ¿Qué es aquello?

LEONCIO Nada fue.

ROSIMUNDA Sosiega, señor; levanta.

LEONCIO Yo daré el reino a la infanta.

ROSIMUNDA ¿Con quién habla?

LEONCIO Tropecé

en un retrato, que acaso

del clavo se descolgó.

ROSIMUNDA Quiero ver en qué cayó;

mas ¡ay triste!, al primer paso

vi dónde el rey ha caído. (Levanta el retrato.)

Antes de sentar el pie,

con el retrato encontré

de mi primero marido,

¡ay de mí! Quiero escondelle;

mejor es que no le vea.

Un vidrio de agua, Finea,

trae al rey.

LEONCIO No hay que traelle.

ROSIMUNDA Pues ¿cómo beber no quieres

después de tan gran caída?

Ve presto. (Va FINEA por el agua.)

LEONCIO No, por tu vida;

remedio, al fin, de mujeres.

ROSIMUNDA No suele ser el peor.

LEONCIO Dame ese retrato.

ROSIMUNDA Advierte.

LEONCIO Pidiéndome está su muerte.

ROSIMUNDA Yerro es que dora el amor.

OTÓN ¿No le das cuenta, señora,

de aquesta nueva infelice?

ROSIMUNDA No es tanto como se dice;

mas yo se lo diré agora.

¡Oh lo que Finea se tarda!

Ve a llamarla.

OTÓN Al punto voy.

ROSIMUNDA ¡Presto!

LEONCIO Temiéndole estoy

pintado.

ROSIMUNDA ¿Qué te acobarda?

¿Tú celos? ¿Tú temores?

Leoncio, ¿de qué te asombras  
de una pintura? ¡Qué errores!  
LEONCIO ¡Ay!, que tienen estas sombras  
vida, y alma estas colores.  
¡Qué fiero, qué vengativo  
mi muerte y la tuya traza!  
¡Qué justiciero y qué esquivo  
con los ojos me amenaza;  
como si estuviera vivo!

ROSIMUNDA También se detiene Otón  
allí. Entiendo que ha de haber  
agua, y no es esta ocasión  
de aguardar. Yo lo he de ver;  
que hay riesgo en la dilación.

(Vase; y entra por la puerta por donde cayó, LEONCIO.)

LEONCIO Tanto al natural se llega, [Mira el retrato.]  
que en él temo a mi enemigo;  
según me amenaza y ciega,  
no le encarezco si digo  
que del lienzo se despega.  
¿Qué hará el acero cruel,  
si el pincel me desafía?  
El retrato es tan fiel,  
tan grande su valentía,  
que aun tengo miedo al pincel.  
Yo haré cuanto quieras,  
Alböino; duque soy  
y no rey. ¡Terrible eres!  
Esposo y reinos le doy  
a tu hermana; ¿qué me quieres?  
(Sale ROSIMUNDA con un vidrio de agua.)

ROSIMUNDA Ya está aquí el agua, señor;  
deja este retrato y bebe.

LEONCIO No hay para qué.

ROSIMUNDA Por si acaso,  
toma.

LEONCIO Ya no es mi accidente  
de la caída. Alböino  
la ocasión de nuestra muerte  
ha de ser.

ROSIMUNDA ¡Por vida mía,  
señor, que presagios dejes!

LEONCIO Guarda ese retrato, y dame  
el agua.

(ROSIMUNDA toma el retrato y arrímale al paño, y dale el agua, y él bebe la mitad.)

ROSIMUNDA                   ¿Qué dudas? Bebe.

LEONCIO Ya he bebido. ¿Qué provecho  
puede esta bebida hacerme,  
ni qué ha de templarme, siendo  
mi pecho un volcán ardiente  
y...? Mas agora, ¡ah cruel!,  
¿qué me diste? Aguarda, tente,  
no te vayas. ¡Ah inhumana!,  
dime qué tósigo es este  
que me has dado. ¡Ah Rosimunda,  
qué eficaces, qué crueles  
efetos! ¡No, no lo viertas!

ROSIMUNDA No haré; sosiega. ¿Qué tienes?

LEONCIO ¿Qué confianza de ti  
un vasallo tener puede,  
si no le valió el ser rey  
a Alboino? Pues no pienses  
que te has de salir con todo;  
bebe lo que queda en ese  
vidrio, o si no, aquesta daga  
hará tu muerte más breve.

ROSIMUNDA ¿Hablas de veras? ¿Qué es esto?

LEONCIO ¿Qué dudas? ¿Qué te suspendes?

ROSIMUNDA Yo beberé.

LEONCIO                   Pues ¿qué aguardas?  
Bebe. (Bebe lo que queda.)

ROSIMUNDA           Y mucho más que hubiese  
bebiera, porque no entiendas,  
señor, que pude ofenderte.

LEONCIO (Sin duda que el miedo en mí (Aparte.)

ha causado este accidente.  
Doy que esto fuera veneno  
que para mí le trujese  
la reina, ¿había de tomarle  
ella misma? El temor cese,  
que todo ha sido ilusión.  
Como yo acabo de hacerle  
para el duque de Lorena,  
y le dejo en mi retrete,  
me ofreció aquí el pensamiento  
lo que en llegando a beberle  
ha de obrar en mi enemigo.)

(Salen OTÓN y FINEA con un barro de agua.)

FINEA Aquí está el agua.

ROSIMUNDA Ya vienes

tarde; ya no es menester.

No sé qué el corazón siente.

¿Qué se me aflige? ¡Ay de mí,  
qué congojas tan crueles!

Mucho tardaste, Finea. (Suena un clarín.)

LEONCIO ¿Qué clarín, qué ruido es éste? (Dentro.)

¡La infanta y el duque vivan!

OTÓN Flabio y Albisinda vienen.

ROSIMUNDA Mejor es que no me hallen

aquí, porque no se venguen  
en nuestras vidas.

LEONCIO Bien dices.

Ya tomara yo que fuese  
cierto el veneno, aunque ya  
lo presumo. ¡Una serpiente  
llevo en el pecho!

ROSIMUNDA ¡Yo un áspid!

LEONCIO No hay duda; veneno es este  
que me has dado.

ROSIMUNDA No hay veneno  
como el temor de la muerte.

(Vanse LEONCIO y ROSIMUNDA, y salen FLABIO, ALBISINDA, el SENESCAL,  
POLO y SOLDADOS.)

ALBISINDA ¿Adónde están Rosimunda  
y Leoncio?

FINEA ¿Qué los quiere,  
vuestra alteza? Ya se huyeron  
los dos.

FLABIO Y tú, ¿a quién previenes  
el agua?

FINEA Yo... aquí al entrar...

ALBISINDA ¿Te turbas?

FLABIO Piedra no quede  
sobre piedra; poned fuego  
al cuarto. Mi rigor prueben  
los tiranos.

FINEA (A avisarlos [A OTÓN.]  
vamos.)

ALBISINDA ¿Adónde vas? Vuelve.

FINEA Temo el fuego y tu castigo.

(¿Qué haces tú que no le temes,  
Otón?) [A OTÓN.]

OTÓN (Ya te alcanzo. huye.) [A FINEA]

(Vanse OTÓN y FINEA.)

FLABIO Seguidlos; que donde fueren,  
allí estarán Rosimunda  
y Leoncio.

(Sale ROSIMUNDA.)

ROSIMUNDA ¿Qué nos quieres?

SENECAL ¡Mueran los tiranos!

TODOS. ¡Mueran!

ROSIMUNDA Si eso pretendéis, ya mueren.

FLABIO Apartad; no los ofenda  
ninguno.

ALBISINDA Nadie te ofende;  
habla.

ROSIMUNDA Óyeme, infanta Albisinda;

oídmeme, duque; atendedme,

todos; que aqueste castigo

le padezco justamente.

Apenas puedo formar

las palabras -¡lance fuerte!-,

confesar yo mi delito;

mas, que le diga o le niegue,

he de morir a sus manos.

La oculta mina reviente;

yo fui quien dio muerte al rey

no Flabio, no, aunque padece

su fama. El duque Leoncio,

a fin que yo le quisiese,

lo ejecutó; yo le induje

a una traición tan aleve.

Aqueste rato de vida

que ya es fuerza que sea breve,

para que disculpe a Flabio,

quiere el cielo concederme.

Un hora apenas de vida

puedo tener, si se cree

a la ciencia de Leoncio;

que el veneno -¡ah dura suerte!-

conficionó para darle

a Flabio, porque él no fuese

causa de nuestra ruina,

y con esto fue más breve.

Leoncio estaba dispuesto  
de enviarle en un presente  
de dulces a la prisión,  
para que en él no sospechen;  
y contra sí le dispuso  
tan mortífero y tan fuerte,  
que ya queda como yo,  
batallando con la muerte.  
Yo fui quien le trujo el agua  
acaso, sin que supiese  
lo que traía; y el cielo  
quiso que en ella trujese  
para los dos el veneno,  
porque muera quien ofende.  
Yo se lo di, yo, engañada;  
y él me forzó que bebiese  
después. Yo rabiando al fin  
muero, si él rabiando muere;  
y no puede tardar mucho  
mi fin, porque ya se extiende  
el veneno por mis venas;  
Ya la ponzoña acomete  
al corazón, y él sus alas  
bate apresuradamente.  
Con razón muero, Albisinda;  
nadie como yo se vengue,  
y más de una ofensa hecha  
por un marido imprudente.  
Nadie tampoco por serlo  
fíe; que a un áspid ofende,  
ofendiendo a su mujer,  
que ha de vengarse si puede;  
y aunque sean propias, al fin,  
irritadas, son mujeres.  
Reinad pues; que vuestra dicha  
y mi fortuna lo quiere.  
Yo muero; el cielo me ampare.  
Valedme, dioses, valedme! (Vase.)  
SENECAL Acabadlos de matar.  
FLABIO Dejadlos, ninguno llegue;  
pues ellos mismos pudieron,  
primero que yo lo hiciese,  
castigarse el delito,  
para que el mundo escarmiente.  
POLO Muy bien ha dicho su alteza.  
Dejen que vayan a ponerse  
bien con Júpiter y Apolo;



**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

